

J. Maluquer de Motes Nicolau:

## El desarrollo de la Primera Edad de Hierro\*

**L**os cinco siglos, en cifras redondas (del 1000 al 500 a.C.), que tradicionalmente constituyen la primera Edad del Hierro, son de la máxima transcendencia histórica. Durante esa época se aglutinan los elementos que constituirán la población protohistórica catalana. Desde antes del 500, la presencia de los colonos griegos en nuestras costas nos ha informado de unos pueblos agrupados en tribus, que en definitiva son el resultado del proceso formativo de la primera Edad del Hierro. Obtener luz en las líneas generales de ese proceso es premisa indispensable para la recta interpretación de la Cataluña ibérica. Es necesario, por consiguiente, plantear con todo rigor el estado actual de conocimiento de esos cinco siglos.

### LOS DATOS ARQUEOLÓGICOS

La única fuente de información la ofrecen los yacimientos conocidos que precisa interpretar de modo armónico para obtener la deseada visión. Son de tres clases: a) núcleos de habitación, b) necrópolis y c) hallazgos indeterminados.

El número de los yacimientos conocidos se ha incrementado extraordinariamente en las últimas décadas. Los descubrimientos, las prospecciones e incluso las verdaderas excavaciones han multiplicado los datos que pudo manejar P. Bosch Gimpera cuando, en 1932, planteó su magnífica síntesis de la Etnología peninsular<sup>1</sup>. Pero el mayor número de yacimientos no guarda las debidas proporciones con la intensidad de conocimiento de yacimientos concretos. Existe, pues, en primer lugar una gran desproporción entre unos y otros yacimientos. Conocemos bastante bien determinadas necrópolis (Terrassa<sup>2</sup>, Agullana<sup>3</sup>, las necrópolis ampuritanas<sup>4</sup>), pero muy pocos yacimientos de habitación, salvo alguna que otra cueva y ningún poblado completo<sup>5</sup>. Por fortuna, esa desproporción no

\* Aquest article fou originalment publicat al *II Symposium de Prehistoria Peninsular*. 1962. Institut de Arqueologia, Universidad de Barcelona, Barcelona, 1963, pàgs. 53-69.

<sup>1</sup> P. BOSCH GIMPERA, *Etnología Prehistórica de la Península Ibérica*, Barcelona, 1932.

<sup>2</sup> P. BOSCH GIMPERA, *La necrópolis de "Can Misert" de Terrassa*, en *Anuari I.E.C.*, VI, Barcelona, 1915-1920, pàgs. 582 y ss.

<sup>3</sup> P. DE PALOL, *La necrópolis de Agullana (Gerona)*, Madrid, 1958.

<sup>4</sup> M. ALMAGRO, *Las necrópolis de Ampurias*, Barcelona, 1953-55.

<sup>5</sup> J. SERRA VILARÓ, *Troballa prehistòrica a Marlés*, Solsona, 1928; S. VILASECA, *El poblado y necrópolis prehistòrica a Molá (Tarragona)*, Madrid, 1943.

llega a alcanzar la gravedad de la Edad del Bronce, para la que no se ha señalado siquiera un solo poblado.

La causa de esa desproporción de conocimiento entre poblados y necrópolis es debida a que nuestro conocimiento se basa más en los hallazgos casuales que en una investigación sistemática. Las necrópolis, constituidas por los consabidos campos de urnas, constituyen yacimientos vocingleros por su gran densidad de enterramientos, pues al destrozarse una necrópolis por los trabajos agrícolas o viales, es tan grande la cantidad de vasijas que aparecen que es raro no llegue la noticia a oídos de algún arqueólogo o estudioso. Sin embargo, nunca, o muy raras veces se ha tenido en cuenta que una necrópolis densa corresponde necesariamente a un núcleo de población próximo, que por lo mismo no se ha intentado descubrir. Así pues, la labor arqueológica en nuestra etapa ha sido dirigida por los hallazgos y no por los investigadores. A lo sumo, en casos afortunados, ciertos yacimientos han contado con un investigador entusiasta, que, emprendiendo excavaciones inmediatas han permitido salvar una parte de la necrópolis y emprender la localización de su correspondiente poblado. Tal es el caso de El Molà (Tarragona) y la excavación de Salvador Vilaseca, caso único en Cataluña<sup>6</sup>. Otros yacimientos como Agullana, cuya necrópolis ha sido excavada intensamente, las investigaciones se suspendieron sin alcanzar la localización de su importante poblado. Y, como Agullana, las restantes necrópolis clásicas (Anglès, Capsec, Espolla, etc.).

En algún caso se ha procedido en sentido inverso. El conocimiento de la necrópolis indígena de los alrededores de Emporion, por ejemplo, o las necrópolis inéditas aún del poblado de la Pedrera (Lérida)<sup>7</sup>. Pero en uno y otro caso su hallazgo ha sido también casual y no fruto de una investigación prevista y planeada.

Una gravísima limitación la ofrece la distribución de los propios yacimientos. Una ojeada al mapa de hallazgos se halla en relación, bien con la proximidad de trabajos arqueológicos amplios y sostenidos, como en el caso ampuritano o de la parte oriental de la provincia de Gerona, por ejemplo, o con la presencia durante cierto tiempo de un investigador individual en una localidad (Serra Vilaró para el Solsonès, Salvador Vilaseca para el campo de Tarragona, etc.), o bien de un pequeño grupo de entusiastas prospectores, como en el caso del Instituto de Estudios Ilerdenses. Vale la pena de destacar la sistemática labor realizada por este último grupo como índice de la diversa densidad comarcal conocida<sup>8</sup>.

Por estas causas, la densidad geográfica de hallazgos tiene un valor muy reducido mientras no se realice para la totalidad del territorio una intensa labor de prospección. Ésta había sido iniciada por el antiguo Seminario de Prehistoria de la Universidad con

<sup>6</sup> S. VILASECA, *Poblado y necrópolis prehistórica de Molà (Tarragona)*, Madrid, 1943.

<sup>7</sup> Las necrópolis que corresponden al poblado de La Pedrera en Vallfogona de Balaguer y de Tèrmens, fueron excavadas por el Instituto de Estudios Ilerdenses y se hallan en curso de publicación.

<sup>8</sup> Cfr. C. SOLSONA, *El poblamiento antiguo en el Bajo Segre*, Barcelona, 1962. Tesis inédita en la Biblioteca del Instituto de Arqueología de la Universidad de Barcelona.

sus exploraciones del Ampurdán (Bosch-Pericot) o en el Pallars (Bosch-Serra) y por el Servei d'Excavacions de l'Institut d'Estudis Catalans (Urgel-Segarra por Durán y Colominas), Bajo Aragón (Bosch, Pallarés y Colominas), etc. Tal actividad, verdaderamente dirigida a conocer arqueológicamente una comarca, fue luego desatendida, y creo que es hora de que se reemprenda con urgencia<sup>9</sup>.

## LA INTERPRETACIÓN DE LOS DATOS

Frente a lo que suele ser usual en arqueología, nuestros yacimientos han sido mal estudiados analíticamente y en general tratados en síntesis (Bosch, 1932)<sup>10</sup>, Pericot (1934)<sup>11</sup>, Serra Ràfols (1934)<sup>12</sup>, Maluquer de Motes (1945)<sup>13</sup>, Almagro (1947)<sup>14</sup>, Tarradell (1963)<sup>15</sup>, debido a que, mezclando su interés con el problema en general de las invasiones indoeuropeas en la Península, los yacimientos se han tratado en función de tales movimientos. No escapan a esa visión ni siquiera las pocas monografías analíticas buenas que poseemos, como la del Molà o la de Agullana. Consecuencia inmediata de ese modo de enfocar los datos ha sido conceder a la distribución geográfica de los hallazgos un valor que en realidad hemos visto que no tienen y valorar por igual, en función de movimientos de pueblos, yacimientos bien conocidos junto a otros de los que apenas se conoce algún material recogido en superficie. Una segunda consecuencia ha sido la excesiva preocupación por la cronología absoluta de los materiales con menoscabo del establecimiento de secuencias relativas en cada lugar, y así el problema cronológico ha llegado a enmascarar la interpretación de los hechos en función del conocimiento del desarrollo de la cultura de un núcleo determinado, que es lo que en definitiva nos interesa si queremos aclarar la contribución de la primera Edad del Hierro a la formación de las tribus históricas.

Un ejemplo aclara nuestras afirmaciones: La cerámica decorada con acanaladuras, vulgarmente denominada aquí hallstática, tomada como un mundo, es utilizada como fósil directo para nuestro período, pero de ella no se ha realizado aún un estudio

<sup>9</sup> La falta de planificación en la investigación prehistórica de la Península es un mal hasta cierto punto endémico al que se buscan paliativos alegando nuestro individualismo tradicional, pero en realidad esa posición en tiempos pasados había sido temporalmente superada y gracias a ello se pudieron conseguir las mejores síntesis que poseemos.

<sup>10</sup> P. BOSCH GIMPERA, *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona, 1932, íd., *El poblamiento y la formación de los pueblos de España*, México, 1945.

<sup>11</sup> L. PERICOT, *Historia Antigua*, en la Historia de España del Instituto Gallach, Barcelona, 1934, y ediciones siguientes; íd., *La España primitiva*, Barcelona, 1950.

<sup>12</sup> J. DE C. SERRA RÀFOLS, *El poblament prehistòric a Catalunya*, Barcelona, 1930.

<sup>13</sup> J. DE MALUQUER DE MOTES, *Las culturas hallstáticas en Cataluña*, Rev. Ampurias, VII-VIII, Barcelona, 1946, págs. 116 ss.

<sup>14</sup> M. ALMAGRO, *La España de las invasiones célticas*, en *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, tomo I, 2º, Madrid, 1952.

<sup>15</sup> M. TARRADELL, *Les arrels de Catalunya*, Barcelona, 1963.

analítico completo. Hoy sabemos, por el poblado de la Pedrera, que la cerámica acanalada fue utilizada durante varios siglos, tiempo suficiente para que se formaran en aquel yacimiento de llanura, más de 3 metros de estratos sin construcciones pétreas que los aceleraran. Por otra parte, hace ya muchos años, Salvador Vilaseca demostró que se había decorado cerámica con surcos acanalados antes de las invasiones hallstáticas, y sabemos, para Francia, que el verdadero acanalado tuvo épocas de decadencia y reutilización separadas en el tiempo, como demuestran los estudios de Nancy Sandars<sup>16</sup>.

Es necesario, por consiguiente, plantear la primera Edad del Hierro como el desarrollo histórico de la población catalana durante los cinco primeros siglos del primer milenio. Si, como parece indudable, el estímulo es forastero y exótico, precisará calibrar su influencia en la población anterior, su grado de asimilación, de mezcla o de dominio que ejercieron los nuevos llegados, y para ello es previo el estudio analítico exhaustivo de los datos que aún no se ha realizado.

## EL PROBLEMA PREVIO

En el carácter exótico de la primera Edad del Hierro están de acuerdo todos los investigadores. Es decir, que la introducción de la nueva metalurgia del hierro debe ponerse en relación con amplios movimientos de pueblos que afectan a todo el occidente de Europa y, por consiguiente, también la zona catalana. Esos pueblos son los calificados de *urnenfelder*, a falta de nombre mejor, aunque es preciso puntualizar que tal denominación se presta a numerosas confusiones, por cuanto es privativa en determinadas zonas europeas, de un momento muy concreto que pertenece aún a la etapa del Bronce final. Aplicado a nuestro territorio el nombre de campos de urnas sugiere *a priori* el enterramiento en sepulturas planas de incineración, con lo cual la zona bajo-aragonesa, en la que al parecer predominan los enterramientos en túmulos, queda mal calificada. Tampoco consideramos correcta la denominación de pueblos hallstáticos, pues existen en Occidente fases antiguas que se desarrollan en un momento anterior al de la expansión de la verdadera cultura hallstática. Menos aceptable es aún la denominación de culturas célticas, pues dan por resuelto un problema étnico que está lejos de poder considerarse aclarado. Para nuestro propósito nos referiremos simplemente a pueblos europeos o ultrapirenaicos que sólo presupone una procedencia *mediata* que nadie discute.

Si estas poblaciones llegaron a Cataluña atravesando los pasos pirenaicos nuestro primer problema será: ¿Qué poblaciones y cultura hallaron en nuestro suelo? Es decir, la población que habitaba en Cataluña ¿puede considerarse indígena en el sentido de representar la evolución y desarrollo in situ de los antiguos pueblos del Eneolítico, o se trataba de poblaciones ya relacionadas intensamente con elementos ultrapirenaicos? Y en todo caso ¿habitaba en Cataluña una población uniforme o existían diversos grupos cultural y étnicamente distintos? Para resolver esta premisa hemos de plantear el problema del Bronce medio y final en Cataluña.

<sup>16</sup> N. K. SANDARS, *Bronze Age cultures in France*, Cambridge, 1957.

## EL ANTECEDENTE DE LA EDAD DEL BRONCE

En Cataluña, la sistematización de la Edad del Bronce ofrece problemas insolubles. La falta de yacimientos ricos en depósitos estratificados no permite una valoración siquiera aproximada de sus etapas. Estas limitaciones, puntualizadas ya en otras ponencias, adquieren particular gravedad en la etapa avanzada y final de la Edad del Bronce, pues, al contrario de lo que ocurre en otros territorios, como el de Levante y el Sudeste, no conocemos ningún poblado catalán que pueda considerarse perteneciente a este momento. Pero como creemos que para la recta interpretación de la primera Edad del Hierro es necesario conocer la naturaleza de la población que recibirá el impacto de las invasiones europeas de los campos de urnas, intentaremos valorar, a guisa de ensayo, algunos elementos que tipológicamente recelan pertenecer a esa etapa.

Hemos de partir de un supuesto que puede tener una gran importancia. En Cataluña no existen yacimientos de estaño, pero sí minerales de cobre susceptibles de explotación en pequeña escala. Prueba de que éstos fueron beneficiados la tenemos en el yacimiento de Riner, que no sería el único. Pero los yacimientos cupríferos no adquieren categoría suficiente para estimular la formación de núcleos metalúrgicos de importancia susceptibles de transformarse en grandes zonas activas de metalurgia de bronce aunque importaran el estaño. No es de esperar, por consiguiente, la aparición de un foco de cultura original como acontece en las zonas hercinianas atlánticas (Bretaña, Galia, etc.)<sup>17</sup>.

El bronce fue importado en objetos manufacturados o en lingotes, y la importación pudo ser debida a simple comercio o ser fruto de la penetración en nuestro territorio de poblaciones conocedoras de la nueva técnica y en contacto con centros metalúrgicos bien desarrollado. Esto deberá ser en el futuro objeto de cuidadosa investigación.

La técnica de la fundición del bronce en sí misma, a partir del lingote no varía respecto a la pura metalurgia del cobre. Por otra parte, los objetos pueden ser refundidos para su utilización, y de hecho lo fueron, en simples moldes de arenisca exactamente iguales a los utilizados en la etapa eneolítica. Su uso fue ininterrumpido hasta la época ibérica como se documenta en numerosos yacimientos: Sidamunt, Pedrera y numerosos poblados bajoaragoneses. Es decir, que en un marco puramente eneolítico pueden introducirse por motivos muy diversos objetos de bronce sin que cambie en lo esencial el marco de una cultura. Por consiguiente, la dificultad de separar la etapa eneolítica de una posible Edad del Bronce es sumamente difícil. Esta dificultad no es exclusiva de Cataluña; se presenta también en otros territorios deficitarios de minerales, como el sur de Francia. Ya Hélène, en la región narbonense, hace muchos años consideraba que no existía allí una Edad del Bronce, sino que la cultura eneolítica a través de seis períodos consecutivos enlazaba directamente con la llegada de los campos de urnas de la Primera Edad del Hierro. En Cataluña, esa visión simplista de la continuidad de lo eneolítico hasta la Edad del Hierro, en apariencia parece que se puede apoyar en una serie de hechos: continuidad de los enterra-

<sup>17</sup> La existencia de una minería del cobre y de la metalurgia normal del bronce está atestiguada, aparte de Riner, por los hallazgos de los poblados en los que aparecen los moldes de fundición en gran número, e incluso tortas de fundición, como en Vallirana.

mientos megalíticos con cuentas de bronce en el alto Segre<sup>18</sup>; hallazgo de cerámicas con acanalados en dólmenes, justificando, por lo menos, una reutilización durante la primera Edad del Hierro, etc.<sup>19</sup> Sin embargo, tal hipótesis no acaba de convencernos, pues existen profusión de elementos cuya exacta valoración dista mucho de poder hacerse aún, que desde un punto de vista estrictamente tipológico parecen representar una bien clara Edad del Bronce paralela de otros desarrollos europeos. Cataluña, durante el eneolítico, no es un país culturalmente uniforme, sino que, por lo menos, se dibujan dos áreas: una megalítica, en la Cataluña Vieja, y otra no megalítica en la Nueva. No se aprecia tampoco en ella una evolución en el sentido de la uniformidad, y cuando se aprecia, representa la llegada de un elemento exótico, como es la cerámica con asas de apéndice desarrollado.

Hace muchos años llamamos la atención sobre esa cerámica y establecimos un catálogo provisional de hallazgos que cubrían toda Cataluña, rebasándola por el Oeste (Huesca)<sup>20</sup>. Posteriormente, nadie ha vuelto a insistir en ese elemento, a pesar de que se han multiplicado extraordinariamente los hallazgos. Hoy vemos que la cerámica con asas de botón cilíndrico o aplanado presentan en Cataluña gran variedad. Aparecen sobre cerámicas importadas (vaso con decoración excisa de Els Encantats de Serriñá) o sobre cerámicas de fabricación local (cueva de la Fou, de Bor). Se halla en dólmenes, en cuevas o en poblados representado posiblemente en éstos un momento final de la Edad del Bronce o el momento de la primera aparición de la Edad del Hierro (poblado de Cabezo de Monleón en Caspe, con cerámica de asas de botón, acanalados antiguos y formas en la cerámica del repertorio más antiguo centroeuropeo)<sup>21</sup>. La gran densidad de cerámica de este tipo nos indica que se trata de una verdadera moda que transforma las cerámicas propias del eneolítico y que a su vez tiene una gran duración. Será necesario insistir en esa cerámica que, hoy por hoy, representa, a nuestro juicio, la prueba de la existencia de una Edad del Bronce avanzada.

Sobre el origen inmediato ultrapirenaico de esas cerámicas no existen dudas razonables. Ya en 1942 interpretábamos su aparición en Cataluña como prueba de una infiltración de elementos desde el norte del Pirineo que preludiaba las posteriores invasiones de *urnenfelder*<sup>22</sup>. Tenemos con ello una variación respecto al horizonte tradicional eneolítico. La población introductora de estas nuevas especies cerámicas es la responsable de la introducción de la verdadera metalurgia del bronce, aunque los restos que conocemos sean mínimos. Su presencia es de importancia extraordinaria, pues la mezcla entre esas poblaciones y el elemento indígena eneolítico constituye, al parecer, el verdadero substrato a fines del segundo milenio. Es tarea urgente establecer los contextos en que aparece esta

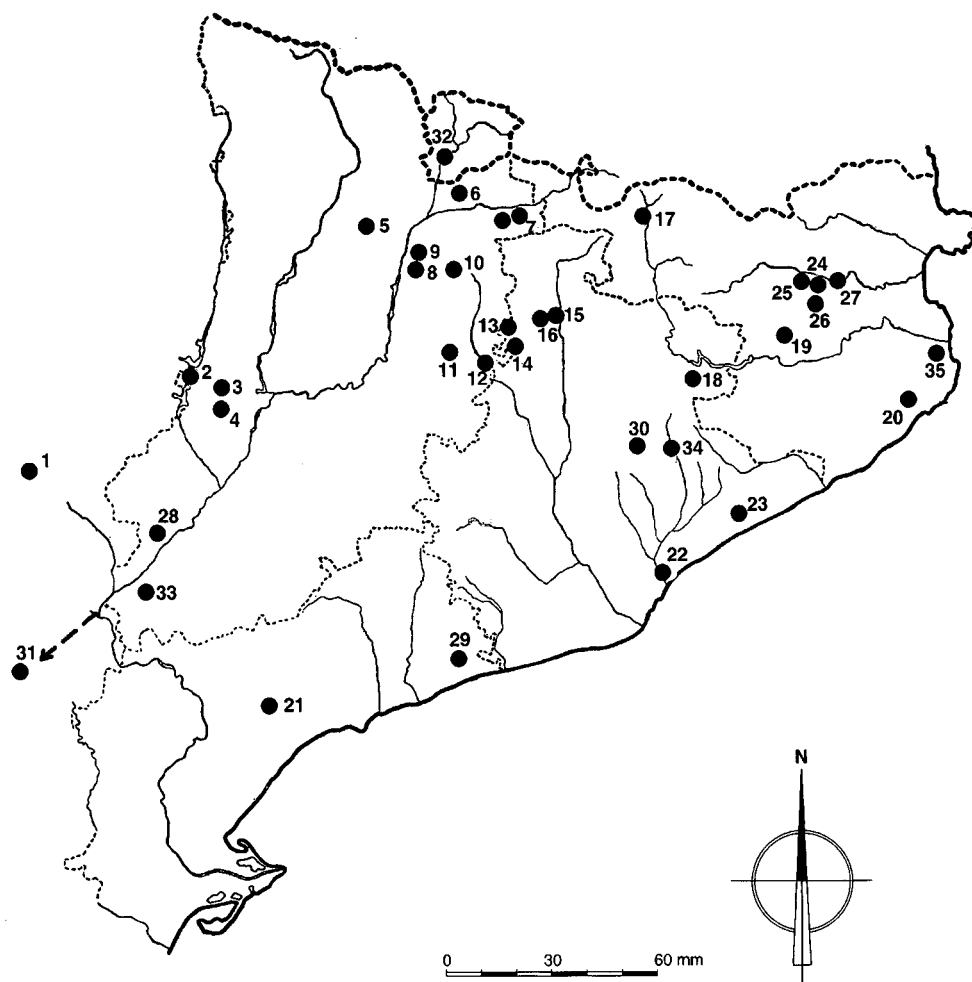
<sup>18</sup> J. SERRA VILARÓ, *La civilització megalítica a Catalunya*, Solsona, 1927.

<sup>19</sup> Cfr. L. PERICOT, *La civilización megalítica catalana y la cultura pirenaica*, Barcelona, 1925, y reed., 1950; *Corpus de Monumentos megalíticos*, I, 1961.

<sup>20</sup> J. MALUQUER DE MOTES, *La cerámica con asas de apéndice de botón y el final de la cultura megalítica del NE de la Península Ibérica*, Rev. Ampurias, 1942.

<sup>21</sup> A. BELTRÁN, *La indoeuropeización del valle del Ebro*, I, *Symposium de Prehistoria Peninsular*, Pamplona, 1960, con la bibliografía completa.

<sup>22</sup> J. MALUQUER DE MOTES, *La cerámica con asas de apéndice...cit.*



MAPA 1. Yacimientos con hallazgos de cerámica con asas de apéndice de botón.-1, Sena (Huesca): Poblado de San Blas; 2, Tragó de Noguera (Lérida): Cova Negra; 3, Tartareu (Lérida): Cova de Joan d'Os; 4, Os de Balaguer (Lérida): Cova del Foric; 5, Biscarbó (Lérida): Dolmen de La Llosa del Corralet; 6, Bescarán (Lérida): Dolmen de la Cabana del Moro; 7, Bor (Lérida): Cova de La Fou; 8, Muntant (Lérida): Dolmen del Tarter del Collet del Cataplá; 9, Muntant (Lérida): Dolmen del Tossal de Jovell; 10, Ossera (Lérida): Dolmen de la Casa de la Bruixa; 11, Clará (Lérida); 12 Linyá (Lérida): Fossa del Gegant; 13, Correá (Lérida): Dolmen del Bosc; 14, Correá (Lérida): Bressol de la Mare de Déu; 15, Berga (Barcelona): Cova de Can Maurí; 16, Berga (Barcelona): Dolmen de Peu de Roques; 17, Ribas (Barcelona): Cueva de Rialp; 18, Folgaroles (Barcelona): Dolmen de Puig ses Lloses; 19, Sant Martí de Llénena (Gerona): Cueva de Roca Fesa; 20, Calonge (Gerona): Dolmen de Puig ses Forques; 21, Escornalbou (Tarragona): Cova Josefina; 22, Santa Coloma de Gramanet (Barcelona): Cova d'en Genís; 23, Argentona (Barcelona); 24, Serinyá (Gerona): Cova dels Encantats; 25, Serinyá (Gerona): Cova del Reclau Viver; 26, Serinyá (Gerona): Racó d'en Salvador; 27, Martís (Gerona): Cova de les Encantades; 28, Alcarraç (Lérida); 29, Vendrell (Tarragona): Cova de Albinyana; 30, Castelltersol (Barcelona): Dolmen de Mas Clamí; 31, Caspe (Zaragoza): Cabezo de Monleón; 32, Sant Julià (Andorra): El Cedre; 33, Aytona (Lérida): Poblado de Genó; 34, Muntanyola (Barcelona): Fossa d'en Terrades; 35, Torroella de Montgrí (Gerona).

cerámica, y para ello deberían revisarse los yacimientos conocidos y, a ser posible, iniciar excavaciones en otros señalados e inéditos (poblado de Alcarraz), que puede darnos la verdadera clave de la interpretación de sus poblaciones. Podemos aceptar provisionalmente que la población catalana a fines del segundo milenio estuvo fuertemente matizada por poblaciones de origen europeo que llegaron a neutralizar en buena parte al elemento eneolítico anterior. Sin embargo, aún no sabemos si se trata de una población de inhumadores o de incineradores, si usa túmulos y aprovecha los dólmenes antiguos o si existen unos núcleos de gentes nuevas más o menos acantonadas e influyen sobre los nativos mo-

dificando los tipos cerámicos y dejándolos intactos. Ciertos indicios parecen inclinarnos a aceptar provisionalmente una tendencia hacia la unificación cultural.

Problema paralelo lo ofrece el hallazgo de algunos tipos de objetos de bronce. Las hachas de bordes realzados que aparecen por toda Cataluña e incluso por toda la vertiente meridional del Pirineo. Estas hachas responden a modelos nacidos en otros centros europeos y llegan a Cataluña posiblemente con la llegada de la población que utiliza la cerámica con asas de apéndice, aunque no tenemos prueba absoluta de ello<sup>23</sup>.

Últimamente, en el conjunto de bronce hallados en Espluga de Francolí (Font Major) aparece un hacha de este tipo junto con armas que sugieren un momento avanzado, si no final, de la Edad del Bronce<sup>24</sup>. Sin embargo, la presencia de este tipo de hacha junto a una espada de bronce que podría pertenecer a una fase antigua de campos de urnas no indica que todas las hachas de este tipo sean tan recientes. La tipología de los bronce fuera de los centros metalúrgicos que crean los tipos no tiene sentido cronológico. Sabemos, por ejemplo, que los moldes hallados en el poblado de Caspe muestran que en la primera Edad del Hierro en aquel poblado continuaban fundiéndose hachas planas que no se diferencian en absoluto de las propias del eneolítico. En la cueva de Muriachs (Lérida), aparece un hacha de este tipo junto con un lote de brazaletes de bronce y cerámica de gran interés, decorada con círculos estampados. Por su forma y decoración pertenece ya a un momento avanzado de la Edad del Bronce próximo a las primeras invasiones del Hierro<sup>25</sup>.

De todas estas consideraciones se desprende un hecho que ha sido ya puntualizado en la ponencia de M. Tarradell: Que durante la Edad del Bronce debe buscarse una orientación más ultrapirenaica y continental que mediterránea.

De la difusión y amplia supervivencia de la cerámica con asas de apéndice (cuyo estudio es urgente reemprender) parece poder deducirse que la antigua dualidad del Eneolítico tiende a desaparecer, y se ha iniciado un cierto progreso de unificación de la población catalana o por lo menos de que existe una intensa relación entre unas y otras comarcas, y eses proceso es debido ya a la presencia de poblaciones ultrapirenaicas infiltradas por todo el Pirineo y de modo singularísimo por el camino del Segre. No se trata de un simple estímulo cultural sino de la llegada de nuevas poblaciones que influyen en la totalidad del territorio y alcanzan la zona bajo-aragonesa en contacto inmediato con el Bajo Segre y Ebro. Este movimiento, que tiene lugar aún durante la Edad del Bronce, prepara sin duda el camino a las invasiones de la Edad del Hierro, que seguirán los mismos derroteros.

El verdadero carácter de esa población del Bronce final es desconocido, y una de las tareas que creemos más urgentes de la investigación prehistórica catalana habrá de consistir precisamente en intentar aclarar su naturaleza y las posibles etapas de su desarrollo cultural para poder ofrecer una visión correcta de ese importante momento.

<sup>23</sup> J. MALUQUER DE MOTES, *Las culturas hallstáticas...*cit.

<sup>24</sup> S. VILASECA, *Noticia de hallazgo de objetos de bronce en la cueva de la Font Major (Tarragona)*, Rev. Ampurias, XXI, Barcelona, 1959.

<sup>25</sup> Inédita en el Museo de Lérida.



De hecho, como hipótesis de trabajo podemos admitir que las invasiones de la primera Edad del Hierro no se ejercieron sobre una población de carácter eneolítico, sino sobre un marco complejo de vías de unificación, en el que ya predominaban unas gentes de procedencia ultrapirenaica, de las que desconocemos importantes aspectos de su cultura. En el marco europeo, estas poblaciones se relacionaron, sin duda, con los constructores de túmulos del Bronce final francés. Esta premisa hipotética es de gran importancia, pues permite explicar satisfactoriamente el hecho de que al producirse las invasiones de los “campos de urnas” hallaran en Cataluña un campo preparado, no fueran recibidos hostilmente por los pobladores y se asimilaran rápidamente muchos de sus aspectos culturales. Sólo así se comprenderá la enorme riqueza y gran densidad de la primera Edad del Hierro, sólo comparable en Cataluña al florecimiento de la romanización.

## LA DENSIDAD DE HALLAZGOS

Cuando aparecieron las primeras cerámicas decoradas con surcos acanalados, que por su relación con yacimientos europeos se clasificaron como pertenecientes a la Edad del Hierro, el hecho parecía algo insólito, pero en los últimos años en que se conocen otros muchos elementos, el número de yacimientos catalanes de este momento suma varios cientos y se distribuyen por casi toda Cataluña. Vamos a señalar únicamente el hecho de que sólo faltan en aquellas zonas en las que no se han efectuado prospecciones arqueológicas. Es notable, por ejemplo, la escasez de yacimientos señalados en la zona interior catalana, en particular en la Segarra. Si seguimos de norte a sur las distintas comarcas, vemos que el Ampurdán representa una zona densa (como corresponde a la intensidad de búsqueda). Por el contrario, en la comarca de la Selva los hallazgos son pobres y esporádicos debido quizás a sus características geográficas, y la presencia del denso manto de bosque que entonces, debido al clima subatlántico, alcanzaba incluso un mayor desarrollo que en la actualidad. El Gironés y la comarca de Vich aparecen con densidad relativa, pero con yacimientos bien característicos que nos indican que su densidad se acrecerá con la intensificación de las investigaciones. Mucho menos conocida es la zona inmediatamente occidental, a pesar de que en la región de Berga las antiguas prospecciones de Serra Vilaró habían señalado la presencia de una facies interesante de nuestra etapa. El resto de la zona oriental catalana (Maresma, Vallés, Panadés, Campo de Tarragona) muestra la presencia de un gran número de yacimientos la mayoría de los cuales sólo se conocen por hallazgos superficiales que, sin embargo, son suficientes para aceptar la idea que una gran densidad de población, aunque aquí no se ve claro su entronque con las culturas anteriores<sup>26</sup>.

En el interior de Cataluña tenemos grandes claros en el mapa de yacimientos. En la Segarra, salvo el poblado de Guissona, que sin duda pertenece ya a un momento muy

<sup>26</sup> M. RIBAS, *El poblament d'Ilduro*, Institut d'Estudis Catalans, 1951; R. Martín, *Estudio del poblamiento layetano en el Maresme y sus estribaciones (Del Tordera al Besós)*, Barcelona, 1960. Inédito en la Biblioteca del Instituto de Arqueología de la Universidad de Barcelona; A. M. Rauret, *El proceso histórico de la primitiva población del Panadés*, Barcelona, 1963, inédito en la Biblioteca del Instituto Arqueológico de la Universidad de Barcelona.

avanzado, no conocemos grandes yacimientos<sup>27</sup>. Lo mismo en la comarca de Manresa. Por el contrario, en el Urgel y Bajo Segre, los yacimientos catalogados suman cerca de dos centenares, superando en interés, aunque no en variedad, a los yacimientos de la Cataluña oriental<sup>28</sup>. Tampoco tenemos datos del Alto Segre, a pesar de que, sin duda, constituye el camino obligado, y así parece documentarse con los materiales riquísimos de la cueva de Bor. Faltan también en las comarcas del Pallars<sup>29</sup>. Estos claros, a nuestro juicio, son subsanables con una simple intensificación de prospecciones. Se trata, como se ve, de zonas mal comunicadas y alejadas de las rutas normales de los aficionados a la arqueología. Por consiguiente, no es posible especular con el dato negativo de la escasez de hallazgos, que a nuestro entender no tiene ningún valor determinado.

## **LAS INVASIONES COMO FACTOR DE UNIFICACIÓN**

Con la llegada de la verdadera población de los campos de urnas (sea cual fuere su verdadero carácter étnico), parece que la tendencia que hemos señalado ya en el bronce final hacia la unificación de la población catalana adquiere un gran ritmo. Aunque aún sabemos poca cosa de sus poblados, a juzgar por lo que acontece en el valle del Segre podemos decir que la mayor parte de los grupos invasores se aposentán en lugares en que ya existían previamente núcleos de población. Tal es el caso, por ejemplo, del poblado inédito de Alcarraz, con abundante cerámica de apéndice de botón y una facies posterior de acanalados bien característica. Incluso a veces parece ser que se reocupan antiguos poblados del eneolítico, como en el Tossal de la Nora o en el Tossal del Mor de Tárrega. Estos núcleos desarrollan una cultura característica durante varios siglos, alcanzando unos la iberización y otros, incluso, la etapa romana. En la mayor parte de los poblados leridanos de la primera Edad del Hierro es fácil determinar la existencia de una etapa anterior. Por ello, consideramos del máximo interés la excavación científica completa de alguno de estos poblados, en los que cabe esperar una secuencia estratigráfica que aclare algunos de los aspectos del Bronce final.

## **LA EVOLUCIÓN CULTURAL**

Es a todas luces prematuro intentar establecer una evolución interna en el desarrollo de la primera Edad del Hierro. A pesar de la gran cantidad de yacimientos señalados no poseemos excavaciones intensas en ningún poblado que nos permitan seguir paso a paso el desarrollo de las comunidades urbanas desde sus establecimientos hasta su iber-

<sup>27</sup> J. COLOMINAS, *Poblado ibérico de Guissona*, Revista Ampurias, III, 1941, páginas 35 ss.

<sup>28</sup> PITA MERCÉ, *Datos arqueológicos y provinciales*, Lérida, 1958; íd., *Localizaciones arqueológicas en el Bajo Cinca*, Huesca, 1959; C. Solsona, *La población primitiva del Bajo Segre*, Barcelona, 1962, Tesis de Licenciatura inédita en la Biblioteca del Instituto de Arqueología de la Universidad de Barcelona.

<sup>29</sup> J. MALUQUER DE MOTES, *La provincia de Lérida durante el Eneolítico, el Bronce y la Primera Edad del Hierro*, Lérida, 1942.

rización<sup>30</sup>. Tenemos únicamente el caso de la Pedrera, que es válido únicamente para la zona leridana. En la Pedrera vemos como la población llegada, en posesión de una cultura muy pura y muy exótica, continúa viviendo de su propia tradición, sin interferencia de elementos extraños. Así, en las cerámicas vemos, por ejemplo, como la decoración de acanalados antiguos continúa perdiendo en calidad y belleza hasta desaparecer, sin que varíen las formas de las vasijas. En las ricas necrópolis que rodean el poblado, la evolución de las urnas es la misma. Las más antiguas mantienen los tipos de acanalados anchos, rectos u oblicuos, y luego éstos desaparecen sin variar las formas de las vasijas. La variación de las formas se aprecia con la introducción de las primeras cerámicas a torno, que poco a poco substituirán a la artesanía local. La impresión que ofrece la estratigrafía de la Pedrera es el desarrollo pacífico durante varios siglos de una comunidad, con una rica economía mixta agrícola ganadera, sin sobresaltos, luchas ni guerras. Una etapa pacífica, ya que los niveles de incendio que se observan no suponen transformación en la cultura material, y por ello no deben interpretarse como prueba de episodios bélicos, sino de meros incendios ocasionales que por la naturaleza de las construcciones debieron ser frecuentes. El verdadero cambio se observa a partir del estrato IV, que representa el comienzo de la iberización y, por consiguiente, el comienzo de la segunda Edad del Hierro. El yacimiento de la Pedrera es el único del que conocemos el proceso de su desarrollo. No es lícito sin más datos hacer extensivo a todas las poblaciones catalanas del mismo proceso, aunque sospechamos que para el valle del Segre tal desarrollo sería muy semejante al que ofrecería el poblado de Sidamunt o el del Tossal del Mor, si sus materiales conocidos pudieran ser clasificados estratigráficamente, lo que no permiten los datos actuales.

Un dato interesante a retener es que con la iberización, en la Pedrera comienzan las verdaderas construcciones en piedra, desconocidas durante los primeros estratos. Si el dato resulta válido para toda la comarca del bajo Urgel se impone tenerlo en cuenta en las excavaciones futuras.

## LA SISTEMATIZACIÓN DE LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

Hace muchos años, en un trabajo de síntesis intentamos presentar el cuadro del desarrollo de nuestra etapa en Cataluña. Tal atrevimiento fue posible precisamente por la escasez de datos que entonces se podían manejar. Hoy, aunque pueda parecer paradójico, no nos atrevemos a presentar nada parecido.

Desde 1944, fecha de la redacción de aquel trabajo, la arqueología catalana ha adquirido un inmenso desarrollo. En primerísimo lugar el conocimiento de las cerámicas de importación, únicos caminos seguros para obtener luz en el problema de la cronología absoluta, era entonces inutilizables. Basta recordar que toda la cerámica importada de barniz negro se clasificaba como helenística, término vago e impreciso del que no se podía obte-

<sup>30</sup> J. MALUQUER DE MOTES, A. M. MUÑOZ y F. BLASCO, *Cata estratigráfica en el poblado de La Pedrera, en Vallfogona de Balaguer (Lérida)*, Instituto de Arqueología de la Universidad de Barcelona, 1960.

ner ninguna conclusión. Incluso el estudio de las cerámicas griegas clásicas ha adquirido una precisión mucho mayor. Por otra parte, la presencia de necrópolis de campos de urnas puros o mixtos en Ampurias constituye una novedad importantísima en orden a la cronología general que podíamos atribuir al desarrollo de las culturas de la Edad del Hierro.

Al propio tiempo, en Francia, los trabajos del oppidum de Mailhac y sus necrópolis, al ofrecer unos nuevos contactos entre el mundo indígena y los colonizadores y comerciantes griegos, ofrece un control sobre los hallazgos ampuritanos digno de tenerse en cuenta.

Nuestra antigua clasificación, a falta de datos estratigráficos, se basaba en un método estrictamente tipológico combinado, con consideraciones estilísticas (hoy completamente superadas). Es lógico que al publicarse la necrópolis de Agullana, Palol intentara modernizar algunas de nuestras conclusiones, principalmente las cronológicas, teniendo en cuenta precisamente las novedades que ofrecía Mailhac. Sin embargo, el trabajo de Agullana, quizá por su misma índole, salva demasiadas cosas de nuestra propia visión tradicional que insistimos habrá de ser revisada cuando se haya podido valorar debidamente los resultados de las excavaciones de Ullastret y se haya intensificado nuestro conocimiento del proceso cultural en la comarca ilerdense.

Señalábamos la presencia de tres grupos. Uno, el A, del noroeste de Cataluña, representado de modo exclusivo por hallazgos efectuados en cuevas. En ese grupo no han habido novedades en los últimos años. Un segundo grupo B, que llamábamos de Terrassa, predominaba en las zonas llanas (Maresma, Vallés), y en los hallazgos importantísimos, aunque prácticamente inéditos en Can Mora (Badalona), amén de la necrópolis de la bóvila Roca de Pallejá. La falta de yacimientos estratificados impide conocer la evolución posterior de ese grupo. Finalmente consideramos el grupo C que llamábamos Agullana, cuya personalidad se observa con la presencia de cerámicas decoradas con temas esquematizados y composiciones que también aparecían en el sur de Francia.

Intentamos subrayar la diversa matización de los grupos B y C, suponiendo que en el primero predominaba una base económica agrícola y subsidiariamente ganadera mientras el grupo C sería de base ganadera. Nuestra hipótesis se basaba en la distribución de los hallazgos sobre el relieve catalán, pero tuvo poca fortuna, pues Salvador Vilaseca, a base de la tipología de la cerámica de las cuevas de la zona montañosa de la región de Tivissa, la discutió con argumentos de peso. Queda, sin embargo, el hecho cierto de la diversidad tipológica bien acusada entre el grupo B y el C. Es más, en toda la región en la que se señalaba el tipo de cerámica hallstática, que llamábamos de Agullana, durante la segunda Edad del Hierro, veremos como aparece un tipo especial de cerámica negra pintada en blanco (Ullastret, Ensérune, etc.), totalmente distinta de las cerámicas ibéricas utilizadas en las zonas ocupadas por el grupo B (Terrassa). Creemos que puede mantenerse con datos actuales la dualidad de los grupos señalada, y que en tal dualidad se perfilan las diferencias tribales posteriores.

Con los nuevos hallazgos del Segre es preciso establecer, por el momento, un nuevo grupo en los campos de urnas. Por tratarse en gran parte de poblados es precisamente en ese grupo en el que ponemos las mayores esperanzas para el futuro.

## EL PROBLEMA ÉTNICO

La gran preocupación de los investigadores de la primera Edad del Hierro ha sido fijar el problema étnico. A la tesis tradicional de Bosch, sobre su carácter céltico, se han sumado nuevas consideraciones que creen poder asegurar la base iliria, veneta o ligur de algunos elementos. En realidad, se trata de un problema que no es estrictamente arqueológico y que puede resolverse simplemente teniendo en cuenta la tipología de su cultura material. El ritual de la incineración por sí solo nada nos indica y del resto de su cultura espiritual apenas sabemos nada. Un hecho parece claro y creemos que conviene destacar. Sea cual fuere la base étnica de estas poblaciones, no hay duda de que pertenecen al tronco de pueblos indoeuropeos, y por lo mismo que la lengua o lenguas habladas en Cataluña durante la primera parte del primer milenio eran de tipo indoeuropeo, por lo menos para el territorio comprendido por los grupos B, C y D. Dejamos aparte el grupo A, que comprende la zona occidental montañosa, porque en ella, a juzgar por la toponimia posterior, se hablaba una lengua de tipo pirenaico, cuyo verdadero carácter falta determinar.

Si durante 500 años las lenguas de Cataluña eran indoeuropeas, es lógico suponer que, a pesar del fenómeno de iberización que representa la segunda Edad del Hierro, se conservaran restos de esas lenguas durante la etapa siguiente. En este caso la lengua hablada en la Cataluña ibérica deberá conservar una buena parte por lo menos del elemento lingüístico anterior. Éste es, naturalmente, un problema que será tratado en una ponencia aparte.

Hemos de reconocer que en la actualidad no podemos decidir sobre el verdadero carácter étnico de la población catalana, y que todas las elucubraciones sobre si se trata de celtas, ilirios, venetos o ligures no deben apoyarse en bases arqueológicas.

## EL PROBLEMA CRONOLÓGICO

Aunque sea de paso, conviene hacer alusión, siquiera breve, al problema de la cronología absoluta. No tenemos datos firmes para admitir la llegada de los verdaderos campos de urnas antes del siglo VIII a.C., pero ya hemos indicado que, posiblemente, habremos de aceptar la entrada de elementos europeos en fecha muy anterior. En cuanto a la fecha final de su evolución cultural vendrá marcada por el fenómeno de la iberización, que no será uniforme en todo el territorio. En el siglo V, la influencia exótica, representada por la colonización y el comercio griegos, empieza a influir de modo decisivo en algunas zonas. En estos momentos no podemos hablar ya de verdaderos campos de urnas, pues se ha iniciado el nuevo proceso que conduce a la segunda Edad del Hierro. Es la zona oriental y marítima la que primeramente acusa esa influencia. Aparte de Ullastret, cuyo indigenismo inicial es más que sospechoso, la necrópolis de Vendrell nos indica, con sus importaciones, lo temprano del proceso. Por vía fluvial, remontando el Ebro, tal proceso alcanza las tierras leridanas del Bajo Segre, aún en pleno siglo V o quizás ya en los últimos decenios del propio siglo VI. La primera Edad del Hierro puede considerarse terminada, para comenzar un proceso totalmente distinto. Herencia de nuestra etapa es,

sin duda, la fuerte personalidad comarcal que abocará a la formación de las tribus históricas. Ilergetes e Indiketes serán sin duda las de mayor personalidad, y también, durante la primera Edad del Hierro, constituirán los núcleos de personalidad más destacada.

En la imposibilidad de abordar en una ponencia como la presente toda la reestructuración de la primera Edad del Hierro, vamos a puntualizar únicamente algunos aspectos que creemos de interés y que ofrecemos como puntos de diálogo y discusión:

1.º Podemos considerar como un hecho adquirido que durante la primera Edad del Hierro se adopta uniformemente el ritual de la incineración sin concesiones a la tradición inhumadora ni reacciones del tipo de las que son frecuentes en el desarrollo de la misma etapa en otras zonas del occidente europeo. Sin embargo, no tenemos seguridad absoluta de que la incineración como rito, sea precisamente una novedad, y que durante el bronce final no fuera introducida en determinados sectores de Cataluña.

2.º El desarrollo de estos pueblos, una vez asentado en territorio catalán, sigue una evolución pacífica durante mucho tiempo, lo que hace innecesario el desarrollo de armamento especial y da tiempo suficiente para el pleno florecimiento de una economía perfectamente adaptada al territorio y a sus posibilidades. Ese desarrollo económico debe actuar como factor decisivo en el proceso de unificación ya iniciado antes de las invasiones.

3.º Parecen poderse perfilar, por lo menos, tres grandes unidades. Una, representada por la población del grupo de Terrassa, muy fluido, cuyo desarrollo desconocemos, pero al parecer carece de estímulos exteriores. Otro, representado por el grupo de Agullana, que, por influencia del mundo colonial al norte y al sur del Pirineo, parece perfilar una personalidad diversa y abocar a la formación del conglomerado de pueblos indiketes. Y un tercer grupo en el Urgel, que sin estímulos exteriores, y en virtud de una rica economía cerealista, sienta las bases de una potencialidad posterior, aprovechada, sin duda, para implantarse sobre ella la base económica de la riqueza ilergeta.

4.º La población de la primera Edad del Hierro representa la presencia en Cataluña de pueblos indoeuropeos, cuya lengua, necesariamente, habrá de conservarse en buena parte en la posterior etapa ibérica.